

El huso, la lanzadera y la aguja.

Erased una jovencilla que habia perdido á sus padres en lo mejor de su edad. Su madrina, pobre mujer que habitaba una mísera choza al extremo de una aldeguela y que no poseia otros bienes que su aguja, su lanzadera y su huso, recogió en su compañía á la huérfana dedicándola al trabajo é instruyéndola en los ejercicios piadosos y el santo temor de Dios. Al cumplir la muchacha los quince años su anciana madrina cayó enferma y llamándola desde el lecho donde estaba postrada la habló en estos términos. «Querida hija, mi fin está próximo: te nombro mi heredera y siento no tener que dejarte mas que este rústico albergue, pero pobre y todo como es él, te protegeré contra el viento y la lluvia: te doy tambien los útiles de mi trabajo que ya sabes de qué manera sirven para que puedas ganarte el pan de cada dia.» Despues colocando sus trémulas manos sobre la cabeza de su ahijada, la bendijo con gran fé, diciendola: «Guarda á Dios en tu corazon y serás dichosa.» Y hablando así, sus ojos se cerraron para no volver á abrirse mas. La atribulada jóven acompañó al atahud de su madrina hasta el cementerio, llorando amargamente, y cumplió para con ella los últimos deberes piadosos.

De allí en adelante vivió en completa soledad, trabajando con ardor, de suerte que la bendicion de la vieja producía sus naturales frutos y la afanosa jóven hilaba y trenzaba y cosía sin descanso. Podria decirse que su provision de lino era inagotable, y aun no habia acabado de tejer una tela ó coser una camisa, cuando ya algun parroquiano acudia á comprárselas sin regatear mucho en el precio, en tal manera que no tan solo tenia lo suficiente para atender á su subsistencia sino que todavia la quedaba algo que dar á los pobres.

Por aquel tiempo hubo de ocurrir que el hijo del rey recorria el país para buscar esposa. No podia elegir una pobre y sin embargo, no queria para muger una que fuese rica. Decia por lo tanto que él tomara con gusto aquella que fuese á la vez la mas rica y la mas pobre. Así que llegó á la aldea adonde habitaba nuestra jóven huérfana, preguntó como de costumbre cuál era la mas pobre y cuál la mas rica de aquel término. Respecto á la segunda no hubo dificultad, fué indicada en seguida. En cuanto á la primera le dijeron que debia ser una buena muchacha que habitaba una choza aislada en un extremo del lugar.

Al pasar el príncipe, la jóven acaudalada se encontraba en la puerta de su casa ricamente vestida y llegado el momento oportuno, se levantó y fué al encuentro de aquel, haciéndole una graciosa reverencia, mas él se limitó á mirarla y sin decir una palabra se dirigió á la choza de la pobre huérfana. Esta no se hallaba puesta de manifiesto á la puerta de su hogar como la otra, sino encerrada en su mísera habitacion. El príncipe detiene su caballo y mira á través de una ventana el interior de aquel albergue que alumbraba un rayo de sol. La huérfana solitaria apareció á sus ojos sentada delante de su torno hilando con la mayor actividad. Por su parte, ella reparó furtivamente cómo la miraba el príncipe; púsose encendida como e carmin y continuó su tarea bajando los ojos, pero aventurado seria asegurar que el hilo salía igual y bien torcido. La pobre cilla continuó, sin embargo, hilando hasta que el príncipe partió, y así que hubo desaparecido corrió á abrir la ventana, exclamando: «¡Qué calor hace aquí!» y así diciendo, no apartaba

su vista del que se alejaba, mirando con ahinco mientras la fué posible distinguir la pluma blanca de su sombrero.

Despues volvió á sentarse y se puso de nuevo á hilar. En medio de su tarea con el ánimo preocupado por lo que acababa de acontecer asaltó de repente su memoria cierto estribillo que habia oido repetir muchas veces á su anciana madrina y comenzó á cantar de este modo:

Huso corre, vuela,
como mi alma anhela,
y trae á mi lado
á mi bien amado.

Entonces sucedió una cosa bien estraña y fué que el huso se escapó repentinamente de sus manos y se precipitó fuera del cuarto: ella le siguió con la vista asombrada y el huso en tanto corría á todo correr danzando en rápido giro á través de la campiña y dejando trás sí un refulgente hilo de oro. Así fué tan lejos en breve tiempo que se perdió de vista. Viéndose la jóven sin el huso tomó en sus manos la lanzadera y se puso á tejer.

En tanto el huso fugitivo continuó corriendo y cuando el hilo se acabó se encontraba al lado del príncipe.

—¿Qué es lo que veo?... exclamó este sorprendido: este huso parece que quiere conducirme á alguna parte. Y tirando de las riendas hizo dar vuelta á su corcel que siguió á todo escape el rastro que trazaba el hilo de oro.

La jóven huérfana continuaba cantando:

Corre lanzadera,
lijera, lijera,
y trae en seguida
al bien de mi vida.

No bien habia terminado el último acento cuando la lanzadera se escapa de su mano, lanzándose fuera de la puerta; y apenas traspasó el umbral empezó por sí sola á tejer un tapiz infinitamente mas bello que los mas renombrados tapices de Flandes. En ambos costados aparecian guirnalda de rosas y de lirios y en el medio verdes pámpanos destacándose en relieve, de ilusion completa, de un deslumbrante fondo de oro: las liebres y los conejos saltaban entre el follaje: los ciervos y los cabritillos asomaban aquí y allá su movible cuanto linda cabeza: de las ramas pendian hermosos pájaros de mil colores, á los cuales no les faltaba mas que cantar. La lanzadera proseguia su rápido curso y la primorosa labor iba estendiéndose como por encanto: aquello era un verdadero prodigio, mas aun que un cuento de las mil y una noches.

Viéndose tambien abandonada por su lanzadera la jóven aplicada recurrió á la aguja y se puso á coser y cantar.

Ya llegó el momento:
ya los pasos siento,
aguja querida,
del bien de mi vida.

De improviso la aguja se escapa de sus dedos y comienza á recorrer la habitacion con la rapidez del relámpago. Aquello fué una verdadera obra de magia. Cubrióse el suelo de una espesa y pintoresca alfombra. La mesa de pino se convirtió en una rica consola de lápiz lázuli; las sillas en fastuosos sillones de mullido terciopelo y el tosco yeso de las paredes en la mas linda estofa de seda.

No bien la inquieta aguja habia acabado de realizar tales prodijos, cuando la jóven laboriosa vió cruzar delante de su ventana las blancas plumas del sombrero del príncipe, que el hilo de oro habia guiado hasta allí. El jóven entra por fin en el albergue apartando los tapices y llegando á la habitacion

pudo contemplar admirado á la virtuosa jóven, ataviada como siempre con sus humildes vestidos, pero refulgente de hermosura en medio de aquel lujo improvisado, como una rosa silvestre destacándose sobre un soberbio jarron de porcelana.

—Sí, no hay duda; exclamó entusiasmado el hijo del rey: tu eres verdaderamente la mas pobre y la mas rica: ven conmigo y serás mi esposa.

La jóven bajó los ojos y por toda respuesta le tendió su mano que él besó con efusion de cariño respetuoso. Despues ha-

ciéndola montar en su mismo caballo enderezó los pasos de este hacia la córte, donde se celebraron al instante las bodas con grandes regocijos.

El huso, la lanzadera y la aguja fueron depositados en el tesoro real, con no poco acierto, puesto que no hay riqueza mejor ni mas positiva que la del trabajo.

(De los hermanos Grimm.)



LAS CAMPANAS.

LAS CAMPANAS Y EL MUEZZIN.

Los ecos de la campana se unen á los actos mas importantes de la vida, despertando recuerdos impercederos; anuncian nuestra venida al mundo, las alegrías y los pesares que nos asaltan, el término de nuestra existencia, y sus tañidos, como ha dicho Chateaubriand, personifican la religion, la familia, la patria, la cuna, la tumba, ó sea el pasado y el porvenir.

En todas las edades el sonido majestuoso é imponente de las campanas ha ejercido sobre el pueblo una influencia misteriosa, que algunas veces ha degenerado en supersticion. En Roma la contestacion á los oráculos se recibia con repique de campanas, tocando estas en honor de la divinidad á quien se consultaba. Los acontecimientos extraordinarios, tales como los eclipses y otros, se anunciaban con las campanas.

El año 400 de nuestra era hizo fabricar las primeras campanas para el uso de la iglesia el obispo San Paulino, en Nola,

ciudad de la Campania, en el reino de Nápoles, de donde tomaron el nombre que ahora tienen; pero su uso no se generalizó hasta que el Papa Sabino mandó, por los años de 604, que se pusiesen en todas las iglesias, para convocar al pueblo á los oficios divinos. En la edad media se atribuía á las campanas el don de hacer milagros: ahuyentaba su sonido al demonio, alejaba las tempestades, etc., etc.

La práctica de bautizar las campanas data del comienzo del siglo VIII.

Las campanillas estuvieron también muy en uso entre los pueblos antiguos. El año 1204 mandó el Papa Gregorio IX que se tocara la campanilla durante la celebración de la misa.

Y ya que de campanas nos ocupamos, daremos algunas noticias de las mayores de aquellas que se conocen en el mundo.

La campana que se halla en el convento de la Santísima Trinidad, de la ciudad de Trozkoï, cerca de Moscow, es de extraordinaria magnitud; pesa 432.000 libras, ó sean 17.280 arrobas; tiene 18 pulgadas de espesor, 13 pies y 9 pulgadas de diámetro, y 41 pies y 3 pulgadas de circunferencia, y el badajo 5 pies y 5 pulgadas de circunferencia.

En Pekin hay otra campana de un sonido duro y desagradable, que pesa 120.000 libras, ó sean 4.800 arrobas.

La tan nombrada que existe en la catedral de Toledo, tiene 10 pies y medio de diámetro por 8 de altura; pesa 38.577 libras, ó lo que es lo mismo, 1.563 arrobas, y fué fundida por el artífice español don Antonio de Gargollo en el año de 1754.

Existe en Sevilla una costumbre que han conservado desde la antigüedad más remota. En los días de fiesta, los campaneros respectivos de las varias iglesias, contratan á algunos jóvenes en calidad de auxiliares, los cuales entran á desempeñar su trabajo con grande animación.

Entre estos voluntarios hay siempre grandes competencias; y se hacen fuerzas de prueba y perseverancia de la más atrevida naturaleza. Nuestro grabado representa el campanero de la iglesia del Salvador del Mundo en el momento en que algunos de estos atrevidos jóvenes echaban á vuelo las campanas, exhibiendo ante el pueblo su atrevimiento y sus fuerzas.

Se atribuye á los Egipcios la invención de las campanas, habiendo conocido su uso también los Persas, los Griegos, los Romanos y los Chinos.

Schiller, el gran poeta alemán, compuso un poema lírico sobre la campana, ó sea el instrumento que anuncia el nacimiento del hombre al mismo tiempo que su muerte, que canta nuestras alegrías, y que llora nuestros pesares. El poeta popular de Alemania, tardó tres años en terminar su oda, en la cual describe la fabricación del instrumento que nos ocupa, acompañándola de consideraciones morales de singular importancia.

Los Mahometanos no usan la campana para llamar al pueblo á la oración. Entre ellos el Muezzin se sube á lo más alto de la torre de la mezquita que domina la ciudad, cinco veces todos los días; al alba, á mediodía, á las cuatro de la tarde, al ponerse el sol y al caer la noche, y convoca á los hombres á que vayan á orar pregonando en alta voz la siguiente fórmula: Dios es grande! No hay más Dios que Alá y Mahoma es el profeta de Dios. La oración es mejor que el sueño. Venid á orar!

LUDOLFO.

(Historieta traducida por la señorita doña Elvira Cornellas.)

(Conclusion.)

IV.

Cuando Marta volvió en sí le pareció que había estado sufriendo mucho tiempo. Tenía el cuerpo dolorido, la cabeza estremadamente pesada, y sus ojos soportaban con trabajo la luz de una lámpara que ardía cerca de ella, á pesar de que esta luz no hería sus ojos sino al través de unas cortinas herméticamente cerradas al rededor de la cama. Quiso reunir todos sus recuerdos, y durante algunos instantes se preguntó si su cautiverio y la prisión de su madre eran acaso un sueño producido por la fiebre y el delirio. Tras la fatigosa duda vino bien pronto la certidumbre: entreabriéronse las cortinas y lanzó un grito de placer viendo que era su cariñosa madre quien las descorría.

«¡Dios sea alabado! balbuceó la señora de Montagen, ¡al fin me reconoce mi hija!

—¡Ah! si supieseis, madre mía, el terrible ensueño que he tenido, respondió Marta llevando á su frente, todavía calenturienta, sus enflaquecidos dedos. ¡Ay! he sufrido tanto!

—Bien, bien, querida Marta: lo sé demasiado, porque he padecido tus dolores además de los míos, pero es preciso que ahora guardes silencio y no pienses en nada hasta que te encuentres más fortalecida.

Y después de esta prudente recomendación, la señora de Montagen dejó caer las cortinas, que volvieron á cerrarse, formando largos y transparentes pliegues.

Marta, fatigada por el pequeño esfuerzo que había hecho volvió á echar la cabeza en la almohada y se quedó dormida.

Cuando despertó, era ya de día; ya no bañaba el cortinaje del lecho con su resplandor suave la luz de la lámpara: por una ventana entreabierta penetraba libremente hasta la joven enferma, un ambiente fresco y apacible. Oyó el ruido de los arboles cuyas hojas se mecían al ligero soplo del viento, y el vuelo de los pájaros, cuyos trinos se elevaban alegremente hacia el cielo.

Sintióse con alguna animación, y llamó á su madre rogándola que corriese las cortinas para poder respirar con más libertad el aire puro y embalsamado que dilataba su pecho y parecía que le traía nueva existencia.

La madre consultó en voz baja con una persona á quien Marta no oyó: y después de vacilar un rato descorrió un poco las cortinas, lo bastante para que la pobre niña pudiese ver el azul del cielo y lo verde de la campiña, sin que le dejasen descubrir lo interior del lugar en que se encontraba.

Estas precauciones despertaron su curiosidad, y escitada por ella entreabrió un poco más las cortinas. ¡Qué espectáculo tan inesperado se ofreció á sus ojos! La emoción de la sorpresa fué tal que estuvo á punto de causarle un desmayo: era aquel aposento la habitación misma donde había pasado su tranquila niñez; era la modesta vivienda del antiguo maestro de escuela de Overschie.



EL MUEZZIN.